

## Sección de notas

### JUAN PABLO FORNER Y LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

(A propósito de un libro de François López)

Nadie interesado por los estudios históricos puede ignorar la curiosidad últimamente despertada entre los historiadores por el conocimiento de nuestro siglo XVIII. Una serie de trabajos han intentado esclarecer los más diversos aspectos de la Ilustración: economía y sociedad, cultura y religión. La importancia de los «novatores», las relaciones Iglesia-Estado observadas bajo la luz de los documentos originales, los límites sociales que se impusieron las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, el verdadero alcance de la masonería, y, en cuanto a personalidades se refiere, la nueva perspectiva producida por el conocimiento de la figura intelectual de Mayáns o los estudios sobre Olavide, Meléndez Valdés, Quintana, Moratín..., han exigido un nuevo planteamiento interpretativo del siglo de las luces español. No está todo hecho, ni mucho menos. Una serie de personalidades esenciales para la comprensión del siglo —Campomanes, Roda o Floridablanca, por citar sólo ministros de Carlos III— están pidiendo un estudio documentado. Todo se andará, porque el ritmo de trabajos parece imparable. Así, una figura especialmente controvertida, Juan Pablo Forner, ha merecido un espléndido estudio del hispanista francés François López.

Forner, polémico y agresivo, poeta y jurista, defensor de la tradición española y admirador del despotismo ilustrado, amigo de Meléndez Valdés y protegido de Floridablanca y Godoy, fiscal de la Audiencia de Sevilla y del Consejo de Castilla, ha sufrido las más dispares interpretaciones. Luis Villanueva, al editar el primer volumen, después no continuado, de las *Obras* de Juan Pablo (1843), pretendía honrar al ilustrado prematuramente desaparecido. Fue una excepción. Todos los historiadores del siglo XIX prefirieron ver en el fiscal del Consejo de Castilla al autor de la *Oración apologética por la España y su mérito literario*, y Menéndez Pelayo creyó descubrir en la obra intelectual de Forner un antecedente de sus propios trabajos en de-

fensa de cuanto, desde su perspectiva, consideraba como gloria nacional. La visión de don Marcelino ha marcado un hito en la historiografía sobre el personaje y ha sellado las interpretaciones tanto de sus seguidores como de sus contradictores. Pues si Sainz Rodríguez, González Ruiz, Zamora Vicente o Jiménez Salas han celebrado al apolo-gista de nuestra cultura, Julián Marías y Javier Herrero han cen-surado al reaccionario enemigo de las luces.

Semejantes contradicciones constituyen una clara prueba de que se desconocía al personaje o se tenía un concepto equivocado de la Ilustración española. Mejor dicho, las dos razones están en la base de tales divergencias. No obstante, Forner, autor de una obra literaria múltiple y polémica, merecía un esfuerzo de comprensión en busca del hilo conductor que explicase tantas contradicciones aparentes. En un luminoso estudio sobre *El sentimiento de nación en el siglo XVIII*, el profesor Maravall señalaba en Forner «una figura clave del pensa-miento español del siglo XVIII». Ha sido, sin embargo, mérito indiscu-tible de François López el inmenso trabajo de clarificar el alcance y sentido de la persona y obra del fiscal del Consejo de Castilla.

En 1973 publicaba López dos tratados de Forner: *La crisis univer-sitaria y La historia de España*. Se trata de dos textos esenciales para conocer el pensamiento ilustrado de Forner y, aunque habían sido editados en el siglo XIX, apenas habían llamado la atención de los historiadores obsesionados por la *Oración apologética*. El importante estudio preliminar de López explicaba ya muchas de las contradicciones atribuidas a Forner. Se trataba, evidentemente, de las conclusiones de un trabajo de análisis previo. Las razones y el proceso intelectual que justificaban aquellas conclusiones, acaban de salir ahora a luz en *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle* (Bordeaux, 1976).

No resulta fácil analizar la densa obra de F. López. La variedad de temas abordados, el profundo estudio de cada uno de los aspectos, la abundantísima bibliografía utilizada dentro de unas coordenadas in-terpretativas que abarcan todo el siglo XVIII, exigen un detenido exa-men que en estas páginas sólo podemos esbozar. Para mayor claridad expositiva centraré mi comentario en tres aspectos: estructura del libro; obra literaria y pensamiento de Forner; visión del siglo XVIII.

## 1. ESTRUCTURA DEL LIBRO

No se trata de un estudio que encaje con el genérico título *Vida y obra de...* López intenta más bien comprender una personalidad como la de Forner, lleno de aristas en su pensamiento y en sus obras

literarias, dentro del ambiente cultural y social. De ahí que no pueda escapar a la necesidad de estudiar la tradición familiar. Vinculado al doctor Andrés Piquer por lazos de sangre y de cultura, Forner tiene íntimas conexiones con el movimiento intelectual valenciano. Hijo de un médico con verdadera vocación de historiador y arqueólogo y con escasos medios económicos, Juan Pablo, que todo tuvo que ganárselo con su esfuerzo y trabajo personales, mirará siempre con recelo a las clases aristocráticas.

Es bien sabido que los orígenes de la Ilustración adquieren en Valencia especial relieve y han sido estudiados con interés por los historiadores recientes. Los trabajos de Vicente Peset y López Piñero han demostrado la conexión de los «novatores» con el movimiento científico europeo a fines del XVII. Asimismo, la figura de Mayans ha adquirido una nueva luz. Mis estudios sobre el erudito valenciano han demostrado la conexión de su mundo cultural y religioso con la tradición española de los grandes humanistas del XVI, así como la herencia del criticismo histórico de Nicolás Antonio y del marqués de Mondéjar. También Vicente Peset ha esclarecido las intensas relaciones culturales de don Gregorio con el mundo ilustrado europeo. Pues bien, François López ha sabido encuadrar la formación intelectual de Forner en las coordenadas culturales de la Ilustración valenciana. No en vano en la biblioteca de Piquer adquirió el futuro polemista el conocimiento de las grandes obras del hispanismo. Punto esencial éste para entender muchos de los aspectos, al parecer contradictorios, de Forner: ataques a Feijoo, repetidas defensas de Mayans, reivindicaciones de Cervantes, admiración ilimitada por Juan Luis Vives...

Forner estudió en Salamanca. Aunque con cierto retraso, también las luces alcanzaron la vieja y gloriosa Universidad, permitiéndole ampliar el conocimiento, que ya poseía, de las corrientes intelectuales europeas. La reforma de los Colegios Mayores suponía un cambio social trascendente y el «manteísta» Juan Pablo participó de la satisfacción de ver abolidos tantos privilegios. Pero al mismo tiempo, volvió a conectar Forner con el Siglo de Oro español. Alrededor de Cadalso, desterrado en la ciudad del Tormes, se aglutina un grupo de jóvenes: Meléndez Valdés, Iglesias de la Casa, Fr. Diego González, el mismo Juan Pablo, que pasarían a la historia con el nombre de la Escuela Salmantina. El conocimiento de nuestros clásicos está en la base de su concepción poética.

La claridad expositiva impone a F. López la necesidad de seguir el orden cronológico. Ahora bien, dentro de cada una de las etapas de la vida de Forner surge una serie de problemas que el autor estudia

con minuciosidad, sin perder nunca de vista la línea general del pensamiento o la actividad literaria ante los problemas que acuciaban a los intelectuales españoles de la Ilustración. Entre 1778-1784 transcurre una etapa difícil en la vida de Juan Pablo. Finalizados sus estudios, inicia unos años de aprendizaje en la práctica de las leyes. Pero el polemista nato aflora a la menor provocación y las polémicas literarias de la Corte le presentarán abundantes pretextos. López ha sabido ver, detrás de las agrias polémicas de Forner con Iriarte, el trasfondo literario basado en profundas diferencias de interpretación estética, una retrohistoria que habría que remontar a las polémicas de Mayáns con los redactores del *Diario de los literatos* y la sátira social contra la nobleza y sus paniaguados.

Los años siguientes en la vida de Forner están centrados en las polémicas en torno a la *Oración apologética*. F. López nos traza a grandes rasgos la problemática de la «leyenda negra» antiespañola y analiza en ese contexto los caracteres propios y la especial virulencia que adquiere a partir de 1770, la repercusión en nuestro país de las obras de Robertson y Raynal y, en especial, el artículo de Masson de Morvilliers sobre España publicado en la *Encyclopédie méthodique*, origen inmediato de la *Oración* de Forner. Es bien sabido que la *Oración apologética* suscitó una multitud de réplicas y contrarréplicas, y el análisis de López merece los más sinceros plácemes por haber clarificado los orígenes de la *Oración* —no encargada por Floridablanca, como ha venido repitiéndose—, el carácter de género literario que el autor quiso darle, la postura de los historiadores, favorable (Menéndez Pelayo...) o desfavorable (Marías...) y, de manera especial, los presupuestos ideológicos y sociales de los autores de folletos antifornerianos o enemigos de las apologías.

Pero ¿cuál era la actitud de Forner ante la Ilustración? Porque ése es el problema de fondo. El autor dedica al tema dos capítulos separados únicamente por la cronología. El capítulo V, cuyo título es muy expresivo: *Juan Pablo et la république des lettres à la fin de la «belle époque» des Lumières*, finaliza con el nombramiento de Forner como fiscal de la Audiencia de Sevilla en 1791. Mientras el último capítulo está consagrado a los años de Sevilla y a su breve actividad como fiscal del Consejo de Castilla. El problema, sin embargo, es el mismo: la postura ilustrada de Forner. De ahí que el autor estudie los *Discursos filosóficos sobre el hombre*, obra de juventud, las polémicas con García de la Huerta y Cándido María Trigueros, la importantísima censura de la *Historia Universal sacro-profana* del ex jesuita Tomás Borrego, el *Discurso sobre la historia de España* o el *Preservativo contra el ateísmo...*, trabajos estos últimos de plena madurez.

López observa una línea lógica que explica la actitud ilustrada de Forner dentro de las perspectivas reformistas del despotismo ilustrado.

Dos apéndices añade el autor. El primero se ocupa de las *Exequias de la lengua castellana* y constituye un trabajo de enorme interés. F. López estudia la fecha de composición (de especial importancia para el conocimiento del casticismo de Forner al desmontar la argumentación de Menéndez Pelayo), el problema de los diversos textos existentes, el *dossier* de la censura y las razones, precisamente el pensamiento antiaristocrático y en sospechosa connivencia, según los censores, con los revolucionarios franceses —¡quién se lo iba a decir a Menéndez Pelayo, a Marías o a Herrero!—, cuestiones poéticas, así como fuentes literarias. Por cierto que entre los autores modernos, López señala un extraño paralelismo entre las *Exequias* y *Le Temple du Goût* de Voltaire. El segundo apéndice lo constituye un bloque de 45 cartas, en su mayoría inéditas, que, si bien no aportan grandes datos para las ideas estéticas y literarias de Forner, sí clarifican las peripecias humanas, así como las relaciones de Juan Pablo con sus protectores.

## 2. OBRA LITERARIA Y PENSAMIENTO DE FORNER

Dada la excepcional importancia del polemista en la personalidad de Juan Pablo, la actividad literaria aparece íntimamente unida a la peripecia humana. Tan consciente es del hecho F. López que inicia la biografía con la tradición cultural familiar. El entronque con el movimiento intelectual valenciano le obliga a precisar el concepto de Siglo de Oro.

En la dedicatoria a Carteret de la *Vida de Miguel de Cervantes* habla Mayáns del concepto de Siglo de Oro de las letras españolas, que, sabemos por otros escritos suyos, sitúa en el reinado de Felipe II. Es decir, don Gregorio piensa en los grandes humanistas del XVI (Juan de Avila, Luis de León, Luis de Granada...) como momento *cumbre de la literatura española*. En contraste, la Real Academia Española entendió desde el primer momento que el Siglo de Oro correspondía al XVII, coincidiendo con la plenitud del barroco. Esta divergencia explica muchas de las polémicas actuales. Rafael Lapesa no duda en afirmar: «El siglo XVIII marca una quiebra de la tradición hispánica, eclipsada por la influencia extranjera.» Lázaro Carreter, por su parte, también parece aceptar ese criterio al asegurar: «La introducción del seudoclasicismo es un hecho artificial. No supone una secuencia del neoclasicismo renacentista, desaparecido en el

siglo XVI ante la violencia del barroco.» En contraste, F. López señala la belleza de la expresión literaria del humanismo renacentista del XVI, sobrio y racionalista, frente al barroco más fastuoso y florido. En consecuencia, no es preciso establecer una conexión directa e inmediata entre neoclásicos y afrancesados, como bien lo demuestra la postura de Martí y Mayáns, que conectan con el pensamiento y expresión literaria de los renacentistas.

Ahora bien, el planteamiento mayansiano del Siglo de Oro está en la base de la concepción literaria de Forner, confirmada durante los años de estudio al contacto con los miembros de la Escuela Salmantina. Concepción que explica las ideas expuestas por Juan Pablo en las primeras polémicas. Con motivo del premio concedido por la Real Academia de la Lengua a la égloga *Batilo* (1780), Tomás de Iriarte se sintió humillado y atacó el poema de Meléndez Valdés. Forner salió en defensa de su amigo. *El cotejo de las églogas que ha premiado la Real Academia de la Lengua, El asno erudito* y *Los gramáticos, Historia chinesca* (inédito este último hasta 1970), aparte de la enemistad personal, están basados en divergencias literarias. Forner e Iriarte hablan idiomas distintos, pese a escribir en castellano, y el concepto del Siglo de Oro los separa de tal manera que el fabulista no entiende el planteamiento estético de Juan Pablo. La tradición cultural mayansiana, la naturaleza de la lengua castellana, las ideas estéticas, la oposición de Forner al excesivo influjo del idioma francés en la concepción literaria de Iriarte, son factores esenciales para comprender la polémica. La objetividad de F. López en la exposición es digna de elogio y, a partir de ahora, habrá que tener en cuenta los presupuestos del hispanista francés en defensa de Juan Pablo ante las claras preferencias de Cotarelo o Sebold por el «prosaísmo» poético de Iriarte.

Decíamos antes que los historiadores españoles, conservadores o liberales, han querido ver en la *Oración apologética* una de las obras fundamentales del movimiento reaccionario español y un anticipo de la actitud que tomaría el Gobierno con motivo de la Revolución Francesa. Pero el estudio de F. López demuestra que el planteamiento es incorrecto. El análisis minucioso de la polémica manifiesta que es un error incluir a Juan Pablo en el grupo de los reaccionarios. Forner, pese a las polémicas con Cañuelo o Capmany, está en su misma línea: «Sur la fin, régénérer l'Espagne par les Lumières et une plus grande justice sociale, Forner et ses contradicteurs sont essentiellement d'accord. Ils ne s'opposent que quant aux moyens» (p. 432). Mientras *El Censor* cree que el único medio es la libre discusión, las acusaciones sistemáticas de las deficiencias o los

defectos, Forner piensa que tanta palabrería no sirve para nada, que es mucho más constructivo apoyar los proyectos reformistas del gobierno ilustrado de Carlos III. La respuesta de Juan Pablo a sus contradictores la resume el autor en tres aspectos: «Qu'il n'ignore nullement les abus qui persistent dans le pays; que malgré tout le devoir d'un Espagnol est de défendre sa patrie lorsqu'elle est sans raison moquée et insultée; et enfin qu'il vaut bien mieux agir concrètement par des oeuvres et des actes au service de la nation que de se répandre sans fin en vitupérations amères et désespérées» (p. 433). Confundir, por tanto, a Forner con los reaccionarios —Fernando de Zevallos o Fr. Diego de Cádiz, por ejemplo— es un contrasentido histórico.

¿Cómo explicar, sin embargo, que tal contrasentido permanezca en los planteamientos de Julián Marías o Javier Herrero? Dos razones, a juicio de López, explican el hecho. En primer lugar, mientras los contradictores ilustrados (*El Censor, El Apologista Universal, El Observador...*) fueron obligados a callar, Juan Pablo fue premiado con el nombramiento de fiscal de la Audiencia de Sevilla. Pero esta argumentación nada prueba. En la Revolución Francesa y en el temor de los gobernantes españoles radica la causa de que los periodistas españoles vieran disminuida la libertad de expresión. Más aún, el mismo Forner sufrió las consecuencias. Las *Exequias de la lengua castellana* o el *Discurso sobre la historia de España* no consiguieron el permiso por parte de la censura.

La segunda razón, y a juicio de López la esencial, es que a partir de Menéndez Pelayo, muchos historiadores han querido ver plasmado en la actitud de los ilustrados el problema de las «dos Españas». Durante el reinado de Carlos III no puede hablarse de dos bloques. La situación es mucho más compleja. Si bien «la réaction, de fait, regroupe avec des nuances diverses tous les partisans de l'immobilisme, voire du retour au passé, qui contrecarrent de toutes leurs forces l'action et les vues d'un gouvernement soucieux de fomentier et de promouvoir...» (p. 434-5), los ilustrados aparecen más divididos. Los hombres que gozan del poder que «prônent une action réformatrice prudente, mais soutenue et très ferme (Forner est de leur côté)...» (p. 435); el partido aragonés, orientado por la alta nobleza reformista, siente un profundo desprecio por los manteístas; y un grupo de francotiradores que quieren acelerar la reforma. Estos «extremistas de la *Ilustración*», según F. López, mantendrán una postura prorevolucionaria dentro de España (caso Arroyal) o huirán a Francia para colaborar en la conquista de su sociedad jacobina. Pero el hecho de que Juan Pablo no participe de estas ideas extremistas no justi-

fica su inclusión entre los reaccionarios. Era pura y simplemente un ilustrado partidario de las reformas del Gobierno. Con otras palabras, un defensor del despotismo ilustrado, con todas las limitaciones que podemos ver ahora, pero nunca un reaccionario.

López ha tenido mucho cuidado en precisar la actitud antiaristocrática de Juan Pablo. Dentro de la actitud del grupo valenciano habría que señalar la rebeldía de Mayáns contra la prepotencia de los nobles que se creían con derecho a utilizar en su propio interés las cualidades y conocimientos del intelectual, sin considerarse obligados a agradecer los servicios prestados. (Recuérdese, en este sentido, la ruptura de don Gregorio con el duque de Alba respecto a la biografía de su ilustre antepasado estudiada por mí en el estudio preliminar a la correspondencia cruzada entre Mayáns y Burriel.) Además, existen unos textos aportados por López, en que el Dr. Piquer alaba a quienes con su esfuerzo y trabajo logran superar las dificultades al tiempo que censura a la aristocracia indolente y despreocupada.

En este sentido, Juan Pablo fue más radical. Los textos que así lo aprueban son abundantísimos en el libro de López. Después de transcribir unas palabras de Forner en *Los gramáticos*, burla cáustica de la nobleza española, comenta el hispanista francés: «Certes, la noblesse à cette époque commence à être jugée sans indulgence et l'on a en mémoire ces portraits que Cadalso et Jovellanos ont tracés d'une certaine jeunesse dorée, insouciante, inculte et encanaillée; mais il y a loin de leurs semonces qui sont en fait des admonitions à la violence subversive et amère du pamphlet de Forner. C'est qu'ici la satire n'est plus maniée par un ancien élève du Séminaire des Nobles ou un aristocratique *colegial*, mais par un obscur légiste du Tiers Etat, qui parle au nom des humiliés et des offensés» (p. 307). Sin olvidar que las ideas antiaristocráticas y antifeudales de Forner no serían la mejor garantía después de la Revolución Francesa. Así, pese al favor de Godoy, el *Discurso de la Historia* no obtuvo la licencia de la censura.

Precisamente el *Discurso* constituye una de las obras de Forner en que más evidente resulta el influjo del *Essai sur les moeurs* de Voltaire. La superación de la historia anecdótica aparece clara, pues se trata del estudio de la «historia de la religión, de la legislación, de la economía interior, de la navegación, del comercio, de las ciencias y artes, de las mudanzas y turbulencias intestinas, de las relaciones con los demás pueblos...» François López no deja de observar el desplazamiento del centro de gravedad de la historia (graduación que va desde el peso de la iglesia, la legislación, la economía



en perjuicio de las guerras y conquistas de los reyes), ocupado ahora por la vida de los pueblos, cambio realizado en el siglo XVIII gracias a Voltaire. Además del influjo de los ilustrados franceses, López señala en el *Discurso* la importancia de los economistas españoles (Sancho de Moncada, Fernández de Navarrete, Alvarez Osorio, Caja de Leruela...) y de los clásicos de la razón de Estado (Maquiavelo, Guicciardini, Botero). Son las fuentes de la historiografía de los ilustrados, pero ¡qué lejos estamos del pensamiento reaccionario de los Zevallos o Cádiz!

### 3. VISION GENERAL DEL SIGLO XVIII

El libro está escrito en 1976 y François López, como buen historiador, conoce y sabe estructurar los estudios recientemente publicados. Hasta muy recientemente, el planteamiento del doctor Marañón era en líneas generales aceptado. El ilustre médico quería ver en la obra del P. Feijoo —exigencia de experimentación y apertura a Europa— la introducción de la ciencia moderna en España. El esquema cronológico de Marañón, que era a todas luces inexacto respecto a la cultura europea, se aceptaba en aras de nuestro retraso científico en relación con el mundo occidental.

Estudios recientes han demostrado que, pese a nuestro retraso, la apertura al pensamiento moderno es anterior a la obra del benedictino gallego. En 1949 publicaba Olga Quiroz *La introducción de la filosofía moderna en España*. Isaac Cardoso, Mateo Zapata, Tosca..., dentro del llamado eclecticismo, están en contacto con el pensamiento de Descartes, Gassendi... El II Congreso Nacional de Historia de la Medicina (Salamanca, 1965) dedicó sus sesiones a los primeros científicos modernos españoles, los llamados «novatores», que, a fines del XVII, lamentan nuestro retraso respecto a Europa y recuerdan la necesidad de la experimentación. Los trabajos posteriores de López Piñero y Vicente Peset han venido a confirmar la importancia de los «novatores» en el campo de la medicina y matemática. Por mi parte, pienso haber demostrado en *Ilustración y reforma de la iglesia* (1968) que la figura de Mayans resulta incomprendible sin la raíz hispánica de su reformismo y religiosidad anclados en los humanistas del XVI y en el criticismo histórico de Nicolás Antonio y Mondéjar.

François López conoce bien todos estos trabajos, acepta las nuevas aportaciones y construye gran parte de su obra sobre el planteamiento intelectual de los «novatores» que llega a Forner a través de Mayans y Piquer. Más aún, el hispanista francés añade nuevas ra-

zones. Por de pronto, matiza la vinculación del pensamiento mayanesiano con la problemática cultural y religiosa de Erasmo y de los erasmistas españoles. Capítulo interesante, pues, en paralelismo con la relación entre las traducciones de la Biblia y los erasmistas del XVI, quiere ver el interés del grupo ilustrado valenciano (Mayáns, Blasco, Joaquín Lorenzo Villanueva) por la lectura de la Sagrada Escritura en lengua vulgar. Otra aportación, entre muchas, hay que señalar. Los trabajos científicos y culturales del grupo valenciano a lo largo del XVIII aparecen valorados con justicia: la línea que desde los «novatores» y Manuel Martí a través, sobre todo, de Mayáns, encuentra las últimas ramificaciones en la actividad erudita de Cerdá. El rigor metodológico, el hispanismo centrado en los humanistas del XVI, la crítica histórica..., son características del grupo que Forner conoció e intentó hacer suyas.

No es frecuente encontrar un estudio sociológico del libro en España. Pues bien, López intenta analizar las publicaciones en tres momentos del XVIII. En el quinquenio 1721-1725 el anuncio de las publicaciones en la *Gaceta* de Madrid alcanza 271 obras, de las cuales 137, más de la mitad, son libros sobre tema religioso. También la *Gaceta* sirve de base a la evaluación del quinquenio 1741-1745. Un hecho a señalar: aumento de las publicaciones, pero disminución del porcentaje dedicado a temas religiosos, mientras los títulos, en el campo de la historia crítica adquieren especial relieve. Es la época de la *Censura de Historias Fabulosas*, de las *Obras Cronológicas* de Mondéjar, así como de los primeros trabajos históricos del P. Flórez. Finalmente, la bibliografía del quinquenio 1784-1788 es estudiada a través de los anuncios de la *Biblioteca periódica anual*. Las publicaciones han aumentado —1.200 anuncios es una buena cifra para la fecha, aunque muy inferior a los libros publicados en Francia—. Pero más interesante como síntoma es la continua disminución del porcentaje de libros religiosos, así como el hecho de que, por primera vez, la mayoría de los anuncios se refieran a ciencias y artes. François López puede precisar, además, la cantidad y calidad de traducciones de libros extranjeros y el predominio de obras francesas. Se trata, bien mirado, de catas parciales. Sin embargo, son clarificadoras y, sobre todo, nos permiten esperar con interés el anuncio de la obra que sobre el tema nos anuncia para fecha próxima.

Los análisis de F. López exigían una serie de precisiones que el autor no duda en plantear con claridad. El pasado debe ser estudiado, ciertamente, desde el presente. Pero existe el peligro de juzgar de los antepasados como si ellos hubieran conocido el futuro y los historiadores del XIX quisieron ver en el siglo de la Ilustración sus propias polémicas entre liberales y reaccionarios. Ahora bien, López,

que ha aprendido las lecciones de Lucien Febvre, intenta comprender más que juzgar. En consecuencia, polemiza con acritud contra el planteamiento ideológico de Menéndez Pelayo. Para el hispanista francés, quien acepte los presupuestos de la *Historia de los Heterodoxos* no puede llegar a comprender las ideas político-religiosas de Forner y sus coetáneos, pues don Marcelino ha hecho un trastueque desde su nostalgia por el Antiguo Régimen y sus intentos por salvar a Mayáns o a Forner, tan regalistas como Campomanes, no se ajustan a la objetividad histórica. «Amoureux des belles-lettres, passionné d'érudition, don Marcelino a dû se dépenser beaucoup pour attirer a posteriori dans le camp où il se situait lui-même des hommes tels que Mayáns, Burriel, Masdeu ou Forner qui avaient fait honneur à la science espagnole. Comme ces derniers, en matière de politique ecclésiastique, n'avaient pas été sans partager les convictions des prétendus jansénistes et encyclopédistes, Menéndez Pelayo fut amené, sans bien s'en rendre compte peut-être, à utiliser insidieusement deux poids et deux mesures dans les appréciations qu'il portait sur les principales figures de la *Ilustración*» (p. 496).

No menos duro se manifiesta François López con los historiadores liberales que, con evidente anacronismo, defienden la contradictoria de don Marcelino. He aquí sus palabras: «Des intellectuels libéraux tels que Julián Marías et Javier Herrero nous offrent du XVIII<sup>e</sup> siècle en general et de l'oeuvre de Forner en particulier une idée aussi peu nuancée, en fin de compte, que celle jadis imposée para la *Historia de los heterodoxos españoles*. Le seule chose qui change est que ce qui a été exalté par Menéndez Pelayo devient pour ces partisans de l'«ouverture» et de la libre pensée objet de réprobation ou de dédain. On persiste donc à mettre en oeuvre des catégories non pertinentes, à représenter inlassablement le drame édifiant de deux Espagnes affrontées, où chacune n'est censée porter qu'une couleur: le noir ou le blanc» (p. 576).

Sin embargo, el autor manifiesta su satisfacción por el hecho de que semejantes planteamientos hayan empezado a desmoronarse. Trabajos que proceden de los más diversos campos y ambientes han empezado a estudiar el siglo XVIII con afán de preguntar sin prejuicios sobre el pasado español. En el campo de la historia literaria señala la actitud de Sebold al estudiar el neoclasicismo o el trabajo de René Andioc sobre la polémica acerca del teatro. «Pareillement l'histoire des idées, qui englobe celle du sentiment religieux, de la science, de la philosophie, des doctrines politiques, a accompli de décisifs progrès grâce à A. Mestre, R. Olaechea, V. Peset, J. M. López Piñero, G. Anes, A. Elorza, E. Lluch, etc.» (p. 576).

En esa lista quiere ser incluido François López porque cree colaborar en una empresa colectiva, aunque haya diferencias ideológicas o los temas estudiados sean diversos, en busca de la verdad de nuestro pasado, al tiempo que manifiesta su esperanza de que muchos otros se unan a la empresa. Pero mientras tanto agradezcamos al hispanista francés el talento y el esfuerzo puestos en comprender una parcela importante de nuestra historia.—ANTONIO MESTRE (*Universidad de Valencia, Avda. Giorgeta, 46, 27ª VALENCIA-7.*)

## TANTEOS EN EL ARTE DE NOVELAR: «LA FONTANA DE ORO»

Para situar en contexto la primera novela de Galdós miraremos un momento al trasfondo literario que la precedió. *La Fontana de Oro* (1870) tiene un mucho de romántico, como lo atestigua el tratamiento que en ella reciben los elementos argumentales, semejantes a los del *Sancho Saldaña*, *El señor de Bembibre* o *El doncel de don Enrique el Doliente*. Me refiero a la mezcla de intriga amorosa y ambiente histórico, que en las novelas citadas es el medieval. Sin insistir ahora en la tipicidad romántica de la idealización del amor y de lo pasado, y avanzando por la historia literaria llegamos en seguida a *Fernán Caballero*, en quien las semejanzas con esa clase de novela saltan a la vista. En *Elia* reconocemos los parecidos, pero notando una diferencia esencial: la historia novelada es ya la contemporánea, la vida por su autora. El cambio se debe seguramente a influencia costumbrista (1).

Fernán Caballero tamizó la ficción romántica, sustituyendo el marco histórico medieval por el contemporáneo y regional (2). En sus obras debió aprender el principiante Galdós algo del arte de novelar, como parece indicarlo la estima en que las tuvo (3). Y a su vez intro-

---

(1) Me refiero al costumbrismo proveniente de los escritos de su madre, que Blanca de los Ríos y Herman Hespelt indicaron, y Javier Herrero estudió con detalle en su indispensable *Fernán Caballero: Un nuevo planteamiento* (Madrid, Gredos, 1963), y no al que dieron fama Mesoneros Romanos y Estébanez Calderón.

(2) Aunque Cecilia Böhl de Faber no fuera la primera en tratar los temas de historia contemporánea, como muy bien mostró Reginald F. Brown en su con frecuencia ignorado *La novela española: 1700-1850* (Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1955), y más recientemente Juan Ignacio Ferreras en *Los orígenes de la novela decimonónica: 1800-1830* (Madrid, Taurus, 1973).

(3) Estima que parece haber crecido con el tiempo, quizás debido en parte a su amistad con José María de Pereda, escritor tan cercano en honestidad e ideología a Fernán Caballero. Pereda se burlará de ella en *Pedro Sánchez*, sin saber que el destino los iba a unir por sus semejanzas, como la señalada por Galdós en su primer escrito teórico sobre el género, «Ob-